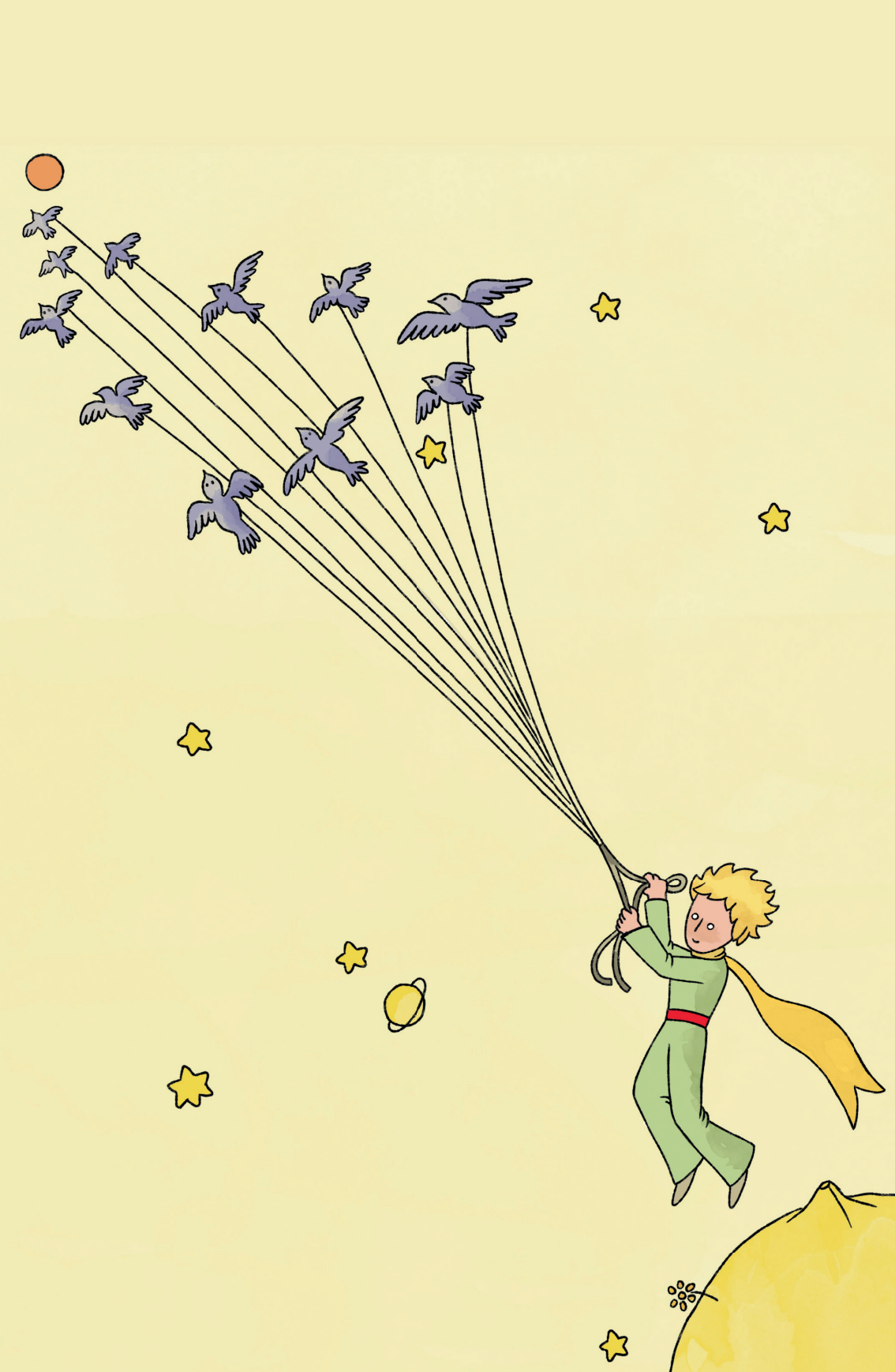


El Principito

Antoine de Saint-Exupéry

LAROUSSE

Creo que, para huir, aprovechó una migración
de aves salvajes.



Nota preliminar

En un contexto en el que la lectura y el pensamiento sobre lo que se lee parecen importar menos que las portadas alucinantes y los cantos pintados de los libros, es refrescante volver a creaciones literarias que por generaciones han propiciado la reflexión sobre los grandes temas de la humanidad, que a la postre son también los más simples. Una de esas creaciones, sin duda una de las obras más leídas e influyentes de la narrativa contemporánea, es *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry.

Se suele creer que esta obra, publicada en 1943, es un libro para niños. En cierto modo lo es porque el personaje principal es un pequeño dotado de toda la inocencia y la curiosidad que caracterizan a los niños; derrocha imaginación y fantasía, pero también es una obra de inmensa profundidad filosófica que se ha analizado por décadas y que goza de infinidad de lectores de todas las edades y en todas las latitudes.

Saint-Exupéry nació en Lyon, Francia, en 1900, y se encontraba exiliado en Estados Unidos, concretamente en Nueva York, cuando escribió y publicó *El principito*, alentado por unos amigos editores que vieron los dibujos que el autor solía hacer incluso sobre servilletas de papel y en los que aparecía recurrentemente un niño de rizos rubios ataviado como un príncipe de las cortes europeas. Su exilio se debía a desacuerdos con el gobierno de su país durante la ocupación alemana de Francia en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. El propio presidente de su país, Charles de Gaulle, lo acusó públicamente de apoyar a Alemania, lo cual estaba lejos de la

realidad, como quedaría demostrado con la propia muerte del escritor en 1944 durante una misión de reconocimiento de las fuerzas alemanas en las cercanías de Francia, misma que estaba enfocada en proteger a su país.

Su trabajo como piloto, tanto en la aviación civil como en la militar, está presente en las diferentes obras de Saint-Exupéry, como *Correo del Sur*, *El aviador*, *Vuelo nocturno*, y no podía ser diferente en *El principito*. Este libro cuenta la historia de un piloto varado en el desierto del Sahara que, al tener que aterrizar su avión para reparar una avería y contar con una escasa provisión de agua, se ve de pronto visitado por un encantador principito salido de la nada y lleno de preguntas que parecen impertinentes dada la situación, pero que pronto lo llevarán a reflexionar profundamente sobre sencillos pero trascendentes temas de la naturaleza humana, como son la pérdida de la infancia, la absurda seriedad adulta y la importancia de cultivar las relaciones.

Con metáforas inesperadas, pero increíblemente precisas, como la representación de su propia esposa —la salvadoreña Consuelo Suncín— como una rosa exigente y caprichosa, pero tan única que es amada por el principito, Saint-Exupéry aborda asuntos por momentos muy personales que, de pronto, abarcan a la humanidad entera.

El lector se encuentra también con enormes árboles, los baobabs, que amenazan la estabilidad del planeta del principito y que representan los malos hábitos o las malas situaciones que se deben eliminar antes de que causen efectos destructivos.

La amistad y el compromiso que se cultivan con paciencia y esfuerzo también están presentes en esta obra, personificados

por un zorro silvestre que, a través de la domesticación, entendida como la creación de lazos afectivos, aporta felicidad y tristeza a la vez cuando dos seres se vuelven importantes uno para el otro.

A lo largo de esta historia, el principito conoce diferentes personajes adultos que por comunes no son menos desconcertantes y que le dejan una sensación de extrañeza por los absurdos del mundo adulto, un mundo en el que se pierde tiempo, energía y recursos en la persecución de objetivos que no llevan a ningún lado y provocan soledad, vacío y un estatismo desesperante cuando hay muchos mundos por descubrir y disfrutar, y una infinidad de semejantes por los cuales hacer algo para que la vida valga realmente la pena.

Al escribir en un entorno de guerra y de nostalgia por la humanidad, Saint-Exupéry encontró en *El principito* una vía para decirle al mundo que lo esencial es invisible a los ojos, que está en los momentos que aparentemente no tienen importancia, que cualquier momento es bueno para empezar a mirar con el corazón, un corazón que hay que abrir para conocer realmente el amor.

Nuestra casa editorial ha llevado a tu librero diferentes versiones de *El principito* pero, esta vez, Larousse pone en tus manos la obra clásica, original y completa con ilustraciones inspiradas en las acuarelas de Antoine de Saint-Exupéry, para que las nuevas generaciones lean y piensen sobre lo leído en esta obra maestra de la literatura universal.

Pedro Jorge Ramírez Chávez
Director editorial



Título original: *Le Petit Prince*

Nota preliminar de Pedro Jorge Ramírez Chávez

Traducción de Marianela Santoveña Rodríguez

© 2026 Ediciones Larousse, S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Azcapotzalco, 02400, Ciudad de México

Primera edición, mayo de 2026

ISBN: 978-607-21-3348-8

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Queda estrictamente prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y explotación, sea total o parcial, a través de cualquier medio mecánico o electrónico y sin la autorización escrita del titular del copyright. Igualmente, se prohíbe su uso para el entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial o minería de datos y textos y, en general, cualquier desarrollo y comercialización de sistemas, herramientas o tecnología de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra. Las características de esta edición, así como su contenido, son propiedad de Ediciones Larousse, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

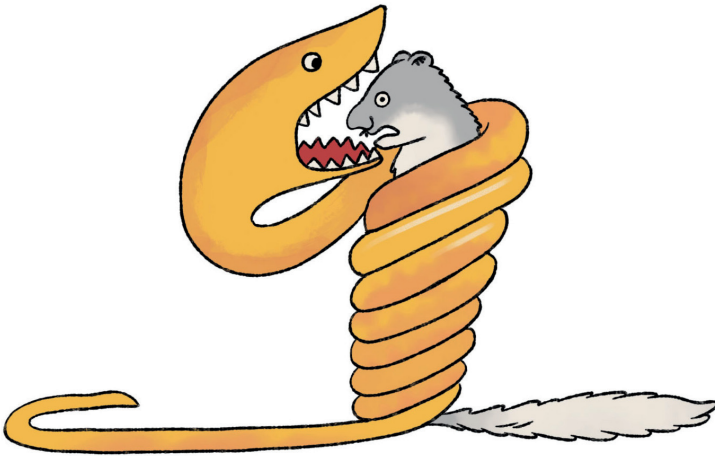
A Léon Werth.

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una excusa seria: esta persona mayor es el mejor amigo que he tenido en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor puede entender todo, incluso los libros para niños. Y una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde tiene hambre y frío. Necesita que alguien la reconforte. Si todas estas excusas no bastan, entonces quiero dedicar este libro al niño que en algún momento fue esta persona mayor. Todos los mayores fueron niños primero. (Aunque pocos lo recuerden). Por eso corrijo mi dedicatoria:

*A Léon Werth
cuando era niño.*

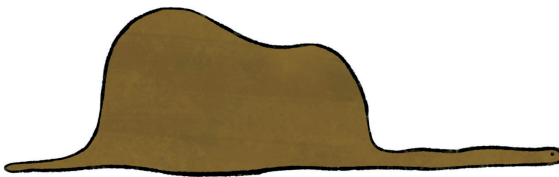
I

Una vez, cuando tenía seis años, vi una imagen magnífica en un libro sobre la selva tropical que se llamaba *Historias vividas*. La imagen representaba una serpiente boa devorando una fiera. He aquí la copia del dibujo.



En el libro decía: “Las serpientes boa engullen a su víctima entera, sin masticarla. Después ya no pueden moverse y duermen durante los seis meses de su digestión”.

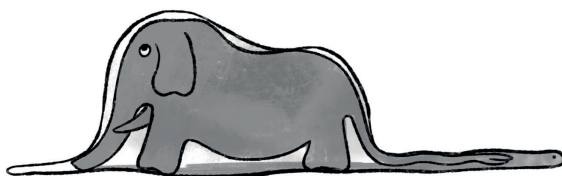
Entonces reflexioné mucho sobre las aventuras de la jungla y logré, a mi vez, trazar con un lápiz de color mi primer dibujo. Mi dibujo número 1. Era así:



Les mostré mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les causaba miedo.

Me respondieron: “¿Por qué causaría miedo un sombrero?”.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa digiriendo un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente boa para que los mayores pudieran entender. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas mayores me aconsejaron olvidarme de los dibujos de serpientes boa, abiertas o cerradas, y en su lugar concentrarme en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Fue así como abandoné, a la edad de seis años, una magnífica carrera de pintor. El fracaso de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2 me desanimó. Las personas mayores nunca entienden nada ellas solas, y para los niños es agotador darles explicaciones una y otra vez...

Entonces tuve que elegir otro oficio y aprendí a pilotar aviones. Volé un poco por todo el mundo. Y, en efecto, la geografía me sirvió mucho. Sabía distinguir China de Arizona a primera vista. Eso es muy útil si uno se pierde de noche.

Así, en el transcurso de mi vida, tuve montones de contactos con montones de personas serias. Viví mucho tiempo con personas mayores. Las vi muy de cerca. Eso no mejoró mucho mi opinión de ellas.

Cuando encontraba una que me parecía un poco cuerda, hacía la prueba de mostrarle mi dibujo número 1, que siempre conservé.

Quería saber si realmente entendía. Pero siempre me respondía: “Es un sombrero”. Entonces no le hablaba ni de serpientes boa, ni de selvas tropicales, ni de estrellas. Me ponía a su nivel. Le hablaba de *bridge*, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor se mostraba muy satisfecha de conocer a un hombre tan razonable...

II

A sí pues, viví solo, sin nadie con quien hablar realmente, hasta que hace seis años sufrí una avería en el desierto del Sahara. Algo se rompió en mi motor. Y como no tenía ni un mecánico, ni pasajeros, me preparé para intentar hacer yo solo una reparación difícil. Para mí era una cuestión de vida o muerte. Tenía agua potable para apenas ocho días.

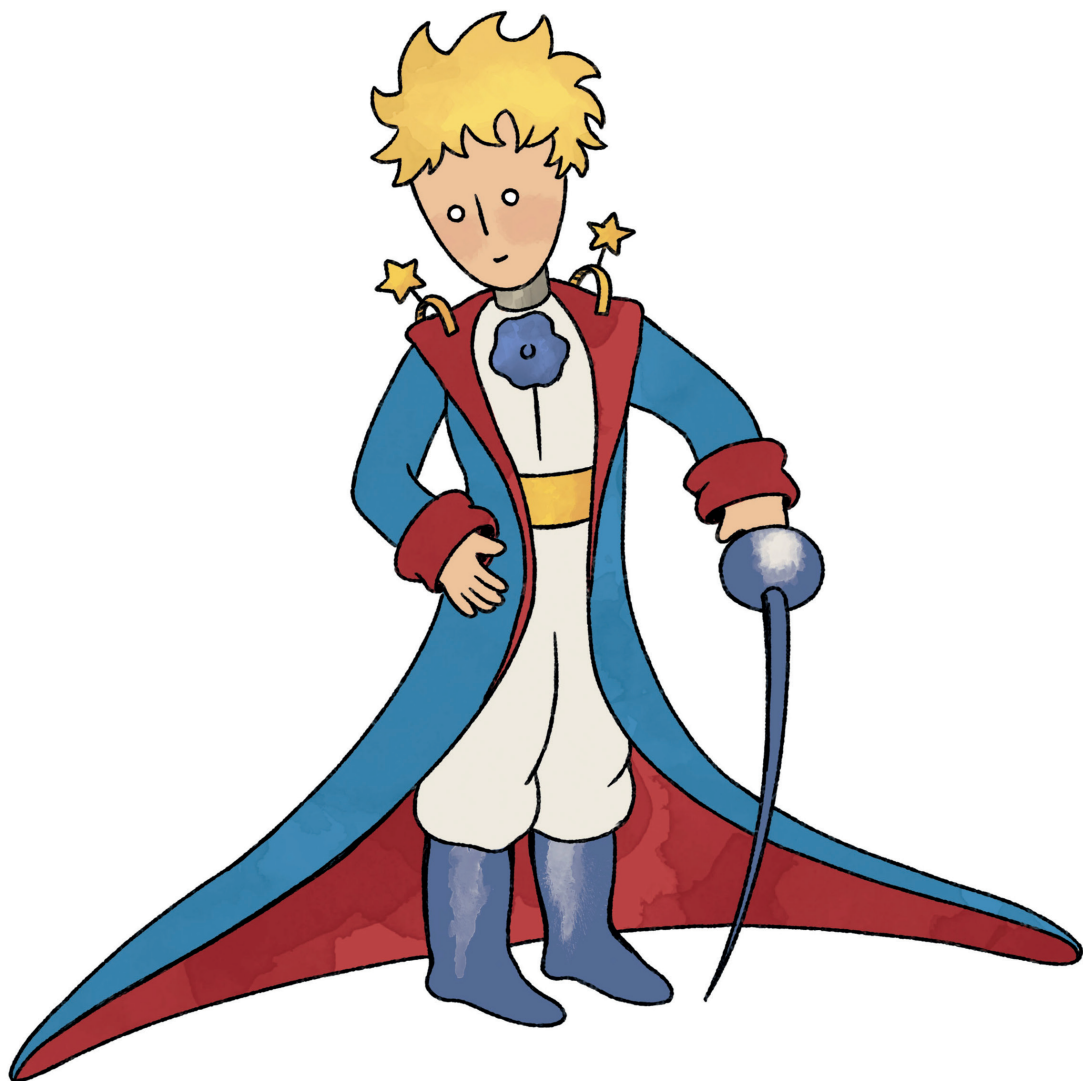
Así que, la primera noche, me dormí en la arena a mil millas de cualquier lugar habitado. Estaba mucho más aislado que un naufrago sobre una balsa en medio del océano. Por eso imaginarán mi sorpresa cuando, al despuntar el día, una curiosa vocecita me despertó. Decía:

—Por favor... ¡dibújame una oveja!

—¿Eh?

—Dibújame una oveja...

Me levanté de un salto, como si me hubiera alcanzado un rayo. Me froté bien los ojos. Miré bien. Y vi a un muchachito totalmente extraordinario que me observaba con seriedad. He aquí el mejor retrato que, más tarde, logré hacer de él. Pero, por supuesto, mi dibujo es mucho menos fascinante que el modelo. No es mi culpa.



He aquí el mejor retrato que, más tarde, logré hacer de él.

Las personas mayores me habían desalentado en mi carrera de pintor a la edad de seis años y no había aprendido a dibujar nada, salvo boas cerradas y boas abiertas.

Así que observé esta aparición con los ojos redondos de asombro. No olviden que me encontraba a mil millas de cualquier región habitada. Sin embargo, mi muchachito no me parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía en lo absoluto la apariencia de un niño perdido en medio del desierto, a mil millas de cualquier región habitada. Cuando por fin pude hablar, le dije:

—Pero... ¿qué haces aquí?

Y entonces me repitió, muy suavemente, como si fuera algo muy serio:

—Por favor... dibújame una oveja...

Cuando el misterio es demasiado impresionante, uno no se atreve a desobedecer. Por más absurdo que me pareciera hacerlo a mil millas de cualquier lugar habitado y en peligro de muerte, saqué de mi bolsa una hoja de papel y una pluma estilográfica. Pero entonces recordé que había estudiado sobre todo geografía, historia, cálculo y gramática, y le dije al muchachito (un poco malhumorado) que no sabía dibujar. Él me respondió:

—No importa. Dibújame una oveja.

Como nunca había dibujado una oveja, repetí para él uno de los únicos dos dibujos que podía hacer. El de la boa cerrada. Me quedé estupefacto cuando el muchachito me respondió:

—¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa, y un elefante es muy voluminoso. Donde vivo todo es pequeño. Necesito una oveja. Dibújame una oveja.

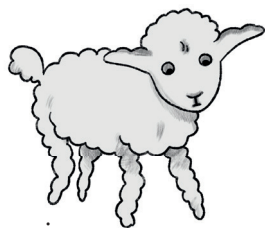
Entonces dibujé.

Él observó con atención y dijo:

—¡No! Ésa está demasiado enferma. Haz otra.

Y dibujé:

Mi amigo sonrió amablemente, con indulgencia:



—Mira bien... no es una oveja, es un carnero.

Tiene cuernos...

Así que volví a hacer mi dibujo:

Pero fue rechazado, como

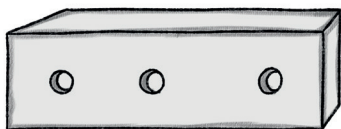
los anteriores:



—Ésta es demasiado vieja. Yo quiero una oveja que viva mucho tiempo.

Entonces, ya impaciente, pues me urgía empezar a desarmar mi motor, bosquejé este dibujo:

Y espeté:



—Ésta es la caja. La oveja que quieres está adentro.

Me sorprendió mucho ver cómo se iluminó el rostro de mi joven juez:

—¡Es exactamente como la que quería! ¿Crees que esta oveja necesite mucha hierba?

—¿Por qué?

—Porque donde vivo es muy pequeño...

—Seguramente alcanzará. Te di una oveja muy pequeña.

Inclinó la cabeza hacia el dibujo:

—Ni tan pequeña... ¡Mira! Se durmió...

Y fue así como conocí al principito.

